

Discursos

DISCURSO DEL EXCELENTÍSIMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY Dr. NICANOR DUARTE FRUTOS, EN LA "CUMBRE EXTRAORDINARIA DE LAS AMÉRICAS".

(Monterrey, México, 12 de Enero de 2004)

Nuestro continente vive hoy un momento de grandes oportunidades, pero también con graves amenazas de empeoramiento de la calidad de vida de las mayorías. Las medidas de ajuste, emanadas del Consenso de Washington, la globalización del capital financiero y la falta de apertura de los mercados de los países desarrollados, no han contribuido a generar un crecimiento económico sostenido; mucho menos han contribuido a reducir la pobreza y la desigualdad de los pueblos latinoamericanos.

La falta de crecimiento y la expansión de la pobreza tienen, a su vez, una causa interna que emerge de las entrañas mismas de nuestros estados que se han debilitado por la corrupción y la impunidad. Nuestro gran desafío es multiplicar diariamente el esfuerzo para extirpar este corrosivo cáncer y consolidar un Estado que ponga fin a los despojos al pueblo y lleve adelante una fuerte inversión social que nos permita salvar a la democracia, hoy seriamente comprometida en muchos de nuestros países, por su fracaso en la lucha contra la pobreza, la enfermedad y el hambre.

La simultánea expansión de la pobreza y re-concentración de la riqueza, acompañada de la falta de crecimiento económico, constituyen el desafío de esta década, y si no la enfrentamos, decidida y solidariamente, las demandas y los demandantes, que no pueden esperar, terminarán elevando la inestabilidad social a niveles que nuestras débiles democracias difícilmente podrán administrar.

Frente al fracaso de las recetas uniformes para realidades diversas, la arrogancia del pensamiento único, un modelo de globalización económica que impide el desarrollo genuino de los mercados y ha aportado poco para construir instituciones, sobre fundamentos éticos, el compromiso de esta Cumbre es encarar con acciones concretas, la inversión social, el buen gobierno y el crecimiento económico con equidad.

Por consiguiente, proponemos acciones, concertadas en cuatro niveles: Primero, la inversión social en el continente debe alcanzar los niveles que permitan cumplir las metas del milenio de Naciones Unidas (PNUD). Para ello, aquellos países más pobres, que demostradamente no pueden llegar a dichos niveles de inversión podrán acudir a un Fondo de Contrapartida para la Equidad Social en las Américas, con financiamiento blando de organismos internacionales y aportes unilaterales.

Esta medida debe ser el corolario lógico del compromiso asumido en la Conferencia Internacional de Financiación del Desarrollo de Monterrey del

2002, y proponemos que figure de manera explícita en la Declaración de la próxima Cumbre de Buenos Aires del 2005. Segundo, sabemos que no todo se resuelve con dinero; el dinero mal utilizado desquicia y corrompe. Por ello, debemos comprometernos también a realizar las reformas institucionales, necesarias para una adecuada formulación, implementación, y evaluación de las políticas sociales.

Y debemos estar dispuestos a vincular el acceso a los fondos, arriba mencionados, a la realización de profundas innovaciones en el manejo de la gestión pública, demostrable con indicadores de eficiencia y transparencia. Tercero, los organismos internacionales deben comprender, cada vez más, que las reformas económicas y sociales deben emerger, en cada uno de los países, con fórmulas propias y conforme a sus matrices culturales, involucrando a todos los representantes de la sociedad civil. Cuarto, desde hace décadas, el servicio de la deuda externa oprime a nuestros pueblos. Con niveles crecientes de pobreza no se puede honrar la misma.

Es preciso, una nueva política realista que establezca condiciones razonables para el pago futuro de la deuda y permita sentar las bases de un desarrollo sostenido y equitativo que asegure la capacidad de honrar dichos compromisos, sin arrojar a nuestros pueblos en la miseria sin remedio.

La época de los cuartelazos, aparentemente ha terminado, pero no olvidemos lo que un notable escritor de estas tierras hermanas, Carlos Fuentes, nos enseña, que si las democracias no generan respuestas que los pueblos esperan de las revoluciones, el regreso a sistemas que creemos, a veces, superados, seguirá siendo un fantasma, una seria amenaza. Nuestra tremenda fe en el futuro, en la paz, en la libertad, en el desarrollo económico, necesita alimentarse, no solamente de palabras optimistas, de promesas, sino también de hechos que marquen victorias cotidianas sobre el egoísmo y los afanes de dominación.

Necesitamos Estados eficientes, con capacidades de regulación, supervisión e intervención, cuyas acciones garanticen el funcionamiento pleno de los mercados y de la igualdad de oportunidades para los agentes económicos y sociales. Propugnamos estados con responsabilidad social, fiscal y medioambiental. Responsabilidad social, en el sentido, de garantizar la salud, educación y servicios básicos, y evitar la concentración del ingreso y la riqueza.

Responsabilidad fiscal para evitar el déficit y el endeudamiento crónico que termina castigando la inversión social como variable de ajuste. Responsabilidad medioambiental para preservar la capacidad reproductiva de la naturaleza y asegurar el usufructo, de los recursos no creados por el hombre, a las generaciones futuras.

Igualmente, estamos acompañando un fuerte impulso al Mecanismo de Aplicación de la Convención Interamericana Contra la Corrupción, y trabajar para que la Convención Internacional, recientemente suscrita en el marco de las Naciones Unidas, se constituya en un elemento efectivo en el combate a la misma. De nosotros, pues, depende que esta sea la época de la recuperación de los valores morales, de la honestidad, la justicia, la transparencia y la solidaridad.

Como continente americano, debemos también a nuestros conciudadanos un compromiso tangible en la lucha contra las "enfermedades olvidadas", como la malaria, la fiebre amarilla, el dengue, la tuberculosis y la lepra, y contra el VIH/SIDA que están dejando un tendal de muertos e incapacidades a lo largo de nuestros países. Le debemos, igualmente, más inversión en educación de calidad y romper la brecha digital con un fuerte impulso a la iniciativa de conectividad ya incluida en las conclusiones de la Cumbre de Quebec.

No solo la cooperación para el desarrollo, sino también en el acceso a los mercados en condiciones preferenciales, la liberalización del mercado de los productos agrícolas, y un trato especial para los países de menor desarrollo económico y aún más para aquellos que, como Paraguay, carecen de acceso al mar, cruel castigo de la Historia y la geopolítica que encarece su comercio exterior y reduce su competitividad significativamente, y que quiere de un marco compensatorio para ponerle en igualdad de condiciones con aquellas naciones que tienen litorales marítimos.

Solo una integración económica que contengan medidas concretas y efectivas para remediar estas injusticias, podrá constituirse en base sólida para una América integrada en el comercio y en la economía, pero también en un destino común de bienestar para todos. El compromiso es enorme, como el desafío que enfrentamos. Que la indecisión, la falta de generosidad y grandeza, la incomprensión, a lo que es peor la miopía, no nos malogren esta nueva aurora. Que no se frustre una vez más la esperanza de nuestros pueblos. Tengo fe que tendremos el coraje de ser los parteros de una nueva América, mejor, más justa, más próspera, más libre, una América de todos y no de unos pocos.